



La vida intercultural como un signo de esperanza profética

Hna. Adriana Carla Milmanda, SSpS

La Hna. Adriana Carla Milmanda es miembro de la Congregación Misionera de las Siervas del Espíritu Santo y actual Superiora Provincial de su provincia de origen: Argentina Sur. Es Bachiller y Profesora de Teología por la Pontificia Universidad Católica Argentina y obtuvo una Maestría en Estudios Interculturales y Biblia en CTU (Catholic Theological Union) Chicago, USA. Ha acompañado y trabajado mayormente en proyectos elaborados para la promoción y empoderamiento de jóvenes y mujeres en situación de vulnerabilidad socio-económica tanto en la Argentina como en las Islas Fiji, en el Pacífico Sur. Desde el año 2013 forma parte de un comité internacional que, en conjunto con la Sociedad del Verbo Divino, desarrollan programas destinados a la concientización y formación para la Vida y Misión Intercultural, tanto para los miembros de sus Congregaciones como al servicio de otras que así lo requieran.

Original en español

Queridas Hermanas Superioras Generales.

Es un honor para mí estar hoy hablando ante Uds., representantes de tantas Congregaciones y de tantas Hermanas esparcidas a lo largo y ancho del mundo entero. Sin duda, es una situación que nunca imaginé y una experiencia que agradezco por la confianza que la IUSG depositó en mí al invitarme. Gracias entonces a las organizadoras por concederme este honor y gracias a Dios por hacer realidad mi sueño adolescente de “llegar hasta los confines del mundo”. Dios cumple, tarde o temprano, nuestros sueños más profundos... ¡aunque a su propia manera y en su propio tiempo!... en vez de llegar yo a cada rincón de la tierra, me trae Él, esos rincones hacia mí, a través de Uds. y de tantos otros encuentros que he vivido a partir de este tema de la vida y misión intercultural que estoy profundizando de manera especial desde hace ya unos años.

Como Misionera Sierva del Espíritu Santo pertenezco a una congregación donde la vida y misión multicultural e internacional son parte esencial de nuestra historia fundacional y de nuestro carisma. Sin embargo, mi interés más puntual en este tema nació de mi propia experiencia de alegría, frustración, dolor y aprendizaje cuando fui enviada a abrir una nueva presencia misionera en las Islas Fiji (en el Pacífico). Pertenecíamos a nuestra provincia religiosa de Australia y me tocó vivir -en un lapso de 5 años- con Hnas. de comunidad provenientes de Papúa Nueva Guinea, Alemania, Indonesia, India, Benín y yo, de Argentina. La mayor parte del tiempo fuimos sólo 2 y sólo una permaneció hasta un lapso de 2 años. Al mismo tiempo, nos estábamos haciendo camino en un país que, a su vez, está compuesto por gente autóctona del lugar y un grupo casi numéricamente igual de gente originaria de la India. Motivada por esta experiencia, llena de gozo, descubrimientos, dolor, malentendidos, frustraciones y mucho aprendizaje, decidí luego estudiar el tema de las culturas y la misión desde lo académico para procesar y aprender de lo vivido lo que me sostiene en la experiencia presente y me alienta hacia el futuro.

El contacto e intercambio entre culturas de los rincones más diversos del mundo, se está incrementando y se nos está imponiendo de una manera cada vez más acelerada. Favorecido por los medios de comunicación y transporte de nuestra era globalizada, son prácticamente muy pocos los grupos que permanecen hoy aislados del contacto con los demás. Los fenómenos de las migraciones y los desplazamientos masivos compulsivos o forzados por la violencia, el cambio climático, la persecución política o religiosa, la pobreza, la xenofobia o la

falta de oportunidades, hace que se cuenten en millones las personas que -diariamente- se movilizan de un lado al otro del mundo.

La multiculturalidad y la interculturalidad se han convertido en los últimos 20 años en un tema transversal que se debate en campos tan variados como la educación, la salud, la filosofía y el mundo empresarial, entre otros. A nivel teológico, nos hemos preocupado durante muchos años de la “inculturación” de la fe, del evangelio, de la liturgia, de los misioneros, etc. La inculturación responde a la pregunta de cómo hacer que la fe, compartida por el misionero y la misionera que viene de “fuera” o “ad-gentes”, se encarne en la cultura local de tal manera que la fe transmitida pueda hacerse parte y expresarse a través de la simbología, valores e imaginario de la cultura local. Esta pregunta, respondía a un contexto eclesial donde la misión era mayormente unidireccional: desde los países “evangelizados” a los “no-evangelizados”, los paganos (como se los solía llamar). Hoy día, la realidad es mucho más compleja y multidireccional de manera que desde la misionología ya se comenzó a hablar de la misión “inter-gentes” de la Iglesia (en lugar de ad-gentes) y de la inter-culturación, que sin anular el desafío aún vigente de la inculturación, incorpora los desafíos y oportunidades del nuevo contexto actual multidireccional del mundo y la Iglesia de hoy.

Desde la vida consagrada, llamada a estar en las fronteras de la Iglesia, esta realidad también nos alcanza, nos desinstala, nos impacta... hacia adentro de nuestras comunidades y hacia afuera, en la misión y apostolados. Sin embargo, estoy convencida de que tenemos un “tesoro” de experiencia vivida del cual ni siquiera somos conscientes. Muchas de nuestras congregaciones han estado a la vanguardia de la vida multicultural casi un siglo antes de que el mundo comenzara a hablar de ello. Para otras, la experiencia es más reciente. Sin embargo, es este capital de experiencia y conocimiento que hoy estamos llamadas a compartir unas con otras y a ponerlo al servicio de la humanidad y de la Iglesia. Por otro lado, a fin de capitalizar este caudal de experiencia, somos desafiadas a abrirnos a las herramientas que otros campos más específicos van desarrollando desde el pensar filosófico, las ciencias de la comunicación, la educación, la sociología, etc.

Esta combinación de experiencia de vida, reflexión teológica y un punteo de posibles herramientas es lo que voy a tratar de presentar hoy en este breve espacio que vamos a compartir. ¿Puede la vida intercultural convertirse en una de las semillas con germen de esperanza profética que queremos sembrar en el mundo de hoy como mujeres consagradas? Yo estoy convencida de la respuesta positiva a esta pregunta y de la urgencia con la cual la misma tiene que ser considerada en cada una de nuestras congregaciones y en la Iglesia en su conjunto también.

Sin embargo, el asunto más acuciante que preocupa a la mayoría de las congregaciones es el cómo vivirlo y cómo hacerlo. Por tanto, trataré de abordar la presentación de este tema en cuatro pasos:

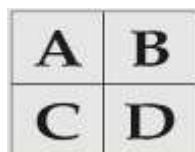
1. Clarificación de los conceptos de interculturalidad y otros a él relacionados
2. ¿Cómo vivir en clave intercultural?
3. La debilidad y el poder de convertirse en signo
4. La urgencia de una opción intencional desde la profecía y para la esperanza

1. El concepto de interculturalidad y conceptos relacionados

No podemos abordar el concepto de interculturalidad sin clarificar otros términos que se relacionan y/o enmarcan lo que la interculturalidad significa y propone:

Multiculturalidad: Cuando hablamos de un grupo o evento o vida multicultural, estamos resaltando el hecho de que sus participantes o miembros provienen de diferentes culturas; por ejemplo, una parroquia, una empresa, una ciudad, e inclusive un país, pueden ser multiculturales. Si resaltamos el hecho de que las personas provienen, también, de distintas nacionalidades: diremos que el grupo tal es multicultural e internacional. Sin embargo, este hecho, en sí mismo, no implica ninguna relación o interacción entre sus miembros. Puedo vivir toda una vida en una ciudad habitada por vecinos de distintos orígenes culturales sin que eso me lleve a querer aprender

su idioma, degustar sus comidas, comprender sus valores, etc. Si lo representáramos con un gráfico, podríamos visualizarlo así¹:



Experiencia trans-cultural: Digamos ahora que una persona de la cultura “A” decide mudarse al barrio de la cultura “B”. La persona estaría haciendo una experiencia transcultural. Nótese que hablamos de un “mudarse” por determinada cantidad de tiempo y no de una simple visita turística. El mudarse implica, en este ejemplo, un grado de compromiso y de riesgo que no son asumidos cuando estamos de paso y nos consideramos turistas, visitantes, exploradores o, en el peor de los casos, conquistadores o colonizadores...

Si lo representáramos con un gráfico, podríamos visualizarlo así



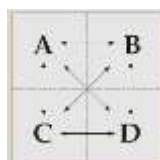
Esta experiencia de aprendizaje y adaptación a otra cultura, diferente a aquella en la cual hemos sido socializadas, se llama aculturación. La aculturación es, en sí misma, una experiencia desafiante y enriquecedora una vez que vamos superando los estadios que normalmente se van presentando en mayor o menor grado según la magnitud de la diferencia cultural y la personalidad y/o preparación de la persona. En general, estos estadios pasan de un primer enamoramiento idílico de lo “diferente”, a un rechazo profundo de esa misma “diferencia”, hasta el encuentro de un equilibrio que sabe apreciar las cualidades, como así también discernir las sombras, de la otra cultura y de la propia.

En caso de no encontrar ese equilibrio, la persona sufre el riesgo de quedar estancada en un sueño que no responde a la realidad (Hermanas que “maternalizan” la cultura asumida y entonces actúan y hablan de “ellos” como “pobrecitos/pobrecitas...” o son incapaces de desarrollar relaciones con la gente del lugar: todos sus amigos y referentes siguen siendo, a pesar del tiempo, de su lugar de origen y siguen excesivamente comunicadas con ellos y/o con las noticias de su lugar). O, por el contrario, sufren un shock cultural que las sume en la depresión, la apatía, la hipocondría, la excesiva preocupación por su salud y/o por la limpieza, el exceso en las horas de sueño o en la comida, etc. Estos son “síntomas” de un shock cultural a los que deberíamos prestar mucha atención cuando perduran en el tiempo luego de un traslado transcultural.

Menciono estos procesos que se dan en la transculturación ya que, muchas veces, coinciden con la formación de la comunidad multicultural. Así, es muy importante tener en cuenta que en numerosas oportunidades la persona no sólo se está adaptando a la cultura del lugar al que ha llegado y quizás esté también aprendiendo un nuevo idioma -lo cual, de por sí, ya es algo altamente demandante- sino que también, y simultáneamente, está interactuando con múltiples culturas dentro y quizás también fuera de su comunidad. A veces, al formar comunidades multiculturales no tomamos en consideración o no acompañamos suficientemente los procesos personales de transculturación e inculturación que cada una de las Hnas. va, a su vez, transitando a nivel personal en paralelo a los desafíos comunitarios y pastorales. De por sí, sólo se pueden iniciar procesos verdaderamente interculturales con personas que ya han transitado un mínimo de 3 años de la experiencia de transculturación.

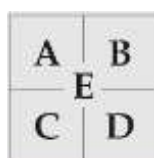
Interculturalidad: Volvamos ahora al gráfico de las culturas A, B, C y D para ilustrar la diferencia entre multiculturalidad e interculturalidad.

¹ Los siguientes gráficos y su modo general de presentarlos están tomados de Gittins, Anthony J., *Viviendo la Misión Interculturalmente: Fe, Cultura y Renovación de la Práctica* (Kindle Locations 621-746). Liturgical Press. Kindle Edition.



Mientras que en el primer gráfico se resaltaba el hecho de la coexistencia de diferentes culturas en compartimentos claramente delimitados, en este segundo gráfico vemos flechas que salen de cada grupo o persona en dirección hacia cada uno de los otros grupos o personas resaltando la interrelación que hay entre ellas. Al mismo tiempo, las flechas no marcan una sola dirección sino un camino de ida y vuelta. Una salida hacia la otra persona y una acogida de la otra persona. Asimismo, las líneas divisorias no son continuas sino punteadas haciendo que los límites entre unas culturas y otras ya no sean tan tajantes y claros.

Sin embargo, este gráfico no ilustra todavía la comunidad intercultural. Las buenas relaciones, la comunicación y una buena convivencia -si bien son muy importantes y necesarias- no son suficientes. La comunidad intercultural está llamada a dar un paso más allá de la tolerancia de las diferencias y vivir un proceso de transformación o, conversión, que la desafía a crear, como fruto de esta interrelación, una nueva cultura.



En este tercer gráfico, llamaremos "E" a esta nueva cultura que es fruto de la vida intercultural. La cultura "E" estará conformada por una nueva y única combinación de algunos elementos de cada una de las culturas participantes haciendo que cada una de las personas se sienta, al mismo tiempo, "en casa" pero ante algo "nuevo".

Esta combinación surgirá como resultado siempre dinámico del proceso de interacción y de acuerdos logrados entre las partes. En este proceso, la comunidad se enriquece mutuamente con los valores y luces que aporta cada cultura, pero también se desafía y confronta recíprocamente en las sombras y puntos ciegos que cada cultura también tiene (e.g. la victimización, complejos de superioridad o inferioridad, mentalidad imperialista, racismo, prejuicios históricos, etc). Este modelo de interacción comunitaria entre culturas en un plano de simetría e igualdad es diametralmente opuesto al modelo asimilacionista que prevaleció (¿y sobrevive aún?!!) en grupos donde las culturas minoritarias o presumiblemente sub-desarrolladas, incivilizadas, o "paganas" tenían que adaptarse, conformarse y asumir la cultura superior o mayoritaria dejando la propia de lado. Este modelo asimilacionista es el que rigió la mayor parte de nuestras congregaciones en el "reclutamiento" de vocaciones en los así llamados "países de misión". El modelo asimilacionista está encuadrado en un enfoque que supone la integración como una afirmación hegemónica de la cultura del país de acogida. Según este modelo, se espera que la persona inmigrante o la formanda, en nuestro caso, se comporte y asuma la cultura de la sociedad o comunidad receptora, prescindiendo o anulando su cultura de origen.

Por el contrario, en vez de buscar la "asimilación" que niega y quiere borrar las diferencias, el modelo que presenta la interculturalidad busca conocer, valorar, profundizar e integrar esas diferencias. Como resultado de la interrelación y encuentro entre culturas, somos invitadas a crear una nueva cultura "E" donde cada una podamos dar lo mejor de nosotras mismas, compartir nuestros dones, y dejarnos desafiar por el encuentro y la relación con lo "diferente" para que nuestras sombras se conviertan a la luz del Evangelio. Humanamente hablando, la interculturalidad es un movimiento contra-cultural en el que pocas personas se sentirían a gusto o para el cual estarían capacitadas. Nuestras culturas nos "programan" para que tendamos a relacionarnos con "los nuestros" para defendernos de "los otros", "los diferentes" y sus potenciales amenazas. Desde la fe y el poder de la gracia, sin embargo, la inclusión en igualdad es el Proyecto del Reino que predicó Jesús y, como tal, es obra del Espíritu Santo.

Culturas: Los términos recién presentados, nos llevan a su vez a profundizar brevemente nuestra comprensión del término "cultura". El concepto como tal, de origen antropológico, no tiene una definición única, ha ido cambiando con el tiempo y se lo puede analizar desde cientos de perspectivas diferentes. Sin embargo, para nuestros fines, vamos a tomar la definición que presenta a la "cultura" como

La manera de vivir de un grupo de personas –comportamientos, creencias, valores y símbolos– que ellos aceptan, generalmente sin pensarlo y que son transmitidos a través de la comunicación y la imitación de una generación a la siguiente.

La cultura, como tal, no existe; sino que quienes existen son las personas que encarnan determinada cultura o usan determinadas “lentes culturales” que le aportan sentido a sus vidas, y les permiten comunicarse y organizarse. Mi cultura es la mejor forma que “mi” gente encontró para sobrevivir y desarrollarse en el contexto y lugar que nos tocó. Por lo tanto, ninguna cultura puede adjudicarse el derecho de convertirse en “norma” universal de otras culturas. Nuestro desafío, en la Iglesia, es que durante siglos se ha confundido nuestra fe con la cultura que medió su transmisión (tanto las culturas que mediaron la escritura de nuestros Textos Sagrados como la cultura occidental que luego expandió la implantación de la Iglesia).

Veamos algunas características de la cultura: la cultura se aprende y se transmite a través de la socialización en los grupos primarios y secundarios en los que hemos crecido (la familia, el clan, el barrio, la escuela, la ciudad o el campo, la clase social, la religión, la profesión, y los distintos grupos de identificación y pertenencia en los que nos fuimos formando). La cultura es estable y dinámica, va cambiando con mucha lentitud, pero es tan parte de nosotras mismas que no la conocemos hasta que no “salimos” de ella.

Solo en el contacto con la “otra”, con la “diferente” comenzamos a conocer nuestra propia cultura y la de las demás... es un conocimiento que se da entonces por comparación con los “otros”, los y las de “afuera” de nuestro grupo. Esta división entre “nosotros” (las mujeres, las católicas, las religiosas, las profesionales, las latinoamericanas, las argentinas, las del sur, las del norte, etc) y “ellos” (los que no son como “nosotros”) nos protege y nos da sentido de identidad y pertenencia, pero también nos aísla, nos enfrenta y nos llena de miedo frente a lo “desconocido”. No hay culturas superiores o más desarrolladas y culturas menos desarrolladas o inferiores; sino culturas diferentes. Y cada cultura cree que es la mejor ya que es la mejor forma que le ha permitido a su grupo adaptarse al contexto en el cual se desarrolló.

Conocer la cultura es muy difícil. Para ilustrar esta dificultad se la compara con un témpano de hielo de cuya superficie sólo podemos ver el 10% mientras que el 90% está por debajo del agua. Del mismo modo, los elementos materiales de cada cultura (como ropas y comidas típicas, artefactos tradicionales, danzas, etc) constituyen sólo aquel 10% que podemos ver, sentir, escuchar, oler y nombrar con facilidad. En el 90% restante, que corresponde a los elementos inmateriales, podemos distinguir a su vez 3 niveles: un primer nivel parcialmente visible al que podemos acceder cuando lo buscamos intencionalmente (lo que está detrás del lenguaje, los estilos de comunicación, de liderazgo, de resolución de conflictos, etc), un segundo nivel (el de los valores centrales) al que podemos acceder con mucha dificultad e introspección y un tercer nivel (el de las presunciones básicas) que es tan profundo e inconsciente que no lo podemos llegar a conocer realmente: es lo que tomamos como “lo normal”, lo “dado”.



Desde este breve marco terminológico, busco que nos quede claro que vivir interculturalmente es una vocación y una opción contra-cultural y que, como tal, apela a la fe y a la vida de la gracia. Humanamente, todas tendemos a buscar y a interactuar con aquellos con quienes nos sentimos identificados y, por lo tanto, comprendidos, incluidos, aceptados. Lo “diferente”, por el contrario, nos tiende a asustar, nos desafía, nos da desconfianza. Esta desconfianza, sobre todo para culturas que sufrieron la experiencia de la colonización o la invasión de sus naciones no es injustificada ni menor; al contrario, es una herida colectiva que perdura por generaciones y que hay que sanar personalmente a fin de encarar un proyecto de vida y misión intercultural. La vida intercultural no se da automáticamente por la mera convivencia de personas de diferentes culturas, por el contrario, tiene que ser intencionalmente construida y asumida como un proceso de conversión personal y comunitario. A diferencia de las empresas transnacionales, que buscan hacer de la interculturalidad una herramienta que mejore sus ventas,

nosotras estamos invitadas a hacer de ella un estilo de vida que nos haga más fieles en el seguimiento de Jesús y la construcción del Reino.

2. ¿Cómo vivir en clave Intercultural?

Como pudimos esbozar, la cultura es algo que traspasa todas las áreas, aspectos y facetas de nuestra vida. Es el medio mismo a través del cual organizamos nuestra percepción de la realidad, construimos un sentido colectivo del mundo que nos rodea (material e inmaterial) y nos comunicamos. Por todo esto, se compara a la cultura con las lentes a través de las cuales miramos. Al mismo tiempo, también se la compara con un témpano de hielo, porque la cultura atraviesa tan íntimamente nuestra vida que se hace imposible conocerla objetivamente y hasta acceder a las tonalidades más profundas que hacen al color de nuestras lentes. Nuestros valores, códigos morales, preferencias, nuestro sentido de respeto, sentido de autoridad, sentido del orden, nuestro manejo del tiempo, etc... todo está atravesado por la cultura y las culturas de los grupos de pertenencia en los que nos hemos socializado. Para mí, fue un descubrimiento fascinante que sólo pude ver cuando me encontré en una cultura tan diferente de la mía como fue la de Fiji.

¿Qué hacer entonces para abrírnos a esta realidad de la multiculturalidad y comenzar a vivir en clave de interculturalidad? ¿Cómo vencer el temor o la peligrosa mera tolerancia de lo “diferente” para comenzar a salir al encuentro del otro y de la otra? La interculturalidad, más que un tema, es un proceso; es un paradigma nuevo que quiere responder a la realidad que nos rodea y se nos impone; es una clave desde la cual releer nuestra vida y misión como consagradas en el mundo de hoy.

En vistas al tiempo que tenemos disponible, me animaría a destacar por lo menos tres elementos que, desde mi experiencia, son esenciales a la hora de responder al cómo comenzar a dar lugar a este nuevo paradigma en nuestras comunidades:

1. Preparación: por ser una opción contra-cultural, la vida intercultural requiere dedicar tiempo y esfuerzo a la preparación de las Hnas. Esta preparación incluye:
 - Un conocimiento básico de los rasgos y características sobresalientes de las culturas que interactúan (nacionalidad, etnia, generación, educación, procedencia socio-económica, etc). En vez de enfocarnos sólo en lo que nos une (lo cual es muy bueno y está muy bien nutrirlo), la interculturalidad nos desafía a explorar, valorar y capitalizar, también, lo que nos diferencia.
 - La creación de un “espacio seguro”, de confianza y cuidado mutuo, para expresarse libremente sin temor a ser juzgada y/o etiquetada.
 - El uso de diversas estrategias que ayuden a mantener la motivación que lleve a salir al encuentro y a acoger la “diferencia” superando las dificultades que se darán en la comunicación.
2. Intencionalidad: la motivación anterior es un elemento que nos tiene que llevar a sostener en el tiempo el esfuerzo intencional de construir desde las diferencias. La intencionalidad requiere crecimiento en la sensibilidad intercultural buscando:
 - herramientas que favorezcan
 - la comunicación (verbal y no verbal) y
 - la resolución de conflictos tanto expresados como latentes.
 - trabajo personal y comunitario que fortalezca y desarrolle
 - la capacidad de resiliencia y
 - detecte a tiempo la peligrosa actitud conformista que se contenta con una simple “tolerancia” de la diferencia.
3. Espiritualidad: la vida intercultural, como una propuesta que se desprende de nuestra fe “católica” (que significa “universal”), es un proceso personal y comunitario de conversión que dura toda la vida. El etnocentrismo (tomar nuestra cultura como centro del mundo y norma para medir las otras culturas), los estereotipos culturales y sus consecuentes prejuicios, están presentes en el mundo, en la iglesia y en cada una de nosotras. Reconocerlo y abrírnos personal y comunitariamente para deconstruirlos, es iniciar un camino de transformación o conversión. Como camino espiritual, la vida y misión intercultural, más que una meta se trata de una búsqueda y de un proceso. No tiene recetas, ni soluciones rápidas a los conflictos que conlleva. Más bien, la interculturalidad nos desafía a convivir con las paradojas y los grises de los espacios liminales que nos abren a la transformación y al crecimiento. Por esto mismo, la vida intercultural, tiene la fragilidad y el poder del “signo”.

3. La fragilidad y el poder de convertirse en signo

Los signos nos dan pistas, nos señalan y apuntan hacia algo que va más allá de sí mismos. Son concretos, son temporarios, tienen que ser correctamente interpretados y decodificados y, por todo esto, los signos son frágiles y limitados... pero también tienen un poder simbólico extraordinario que puede captar nuestra imaginación y conectarnos con lo trascendente, con los valores que no se ven, el sentido de la vida, utopía, la esperanza y la fe.

En este sentido, el aporte que la vida consagrada le puede dar a la reflexión y praxis de la interculturalidad en el mundo de hoy es único y urgente. Porque la interculturalidad, desprovista de su potencial simbólico y su horizonte de un Proyecto que la trasciende (el Proyecto del Reino), corre el riesgo de convertirse en un nuevo colonialismo. Una nueva forma de manipulación en las manos de los más poderosos de turno. Un instrumento al servicio de la lógica de un sistema económico y político que es inherentemente excluyente y que se impone sin medir costos ni consecuencias para las culturas más vulnerables, quebrantadas y humilladas de millones de personas que están “gritando” para sobrevivir.

Por el contrario, la interculturalidad, como camino espiritual nos puede aportar a nosotras y al mundo una alternativa totalmente diferente. La vida religiosa de hoy, inmersa como está en un mundo crecientemente globalizado, está llamada a responder a los signos de los tiempos convirtiéndose ella misma en un signo contracultural e intercultural del proyecto del Reino de Dios radicalmente inclusivo e igualitario:

²⁶ ... por la fe en Cristo Jesús todos ustedes son hijos de Dios, ²⁷ ya que al unirse a Cristo en el bautismo, han quedado revestidos de Cristo. ²⁸ Ya no importa el ser judío o griego, esclavo o libre, hombre o mujer; porque unidos a Cristo Jesús, todos ustedes son uno solo.” (Gal. 3,26-28)

¡Ésta fue la experiencia fundante y revolucionaria de las primeras comunidades y de los primeros discípulos y discípulas de Jesús! La inclusividad radical e igualitaria del anuncio y la praxis de Jesús, fue la identidad característica de las primeras comunidades que las fue separando progresivamente del judaísmo. Sin embargo, este camino fue y es una senda de avances y retrocesos hechos por momentos claves de conversión personal y comunitaria. Recordemos, como uno de los ejemplos paradigmáticos, por ejemplo, la “conversión” de Pedro en el texto conocido como la “Conversión de Cornelio” (Hch. 10,1-48). En esta extraordinaria historia precedida por la visión de la sábana donde Pedro es “desafiado” por Dios a comer animales cultural y religiosamente impuros para él, él termina quebrando toda una serie de tabúes (recibir y dar alojamiento a paganos, comer y confraternizar con ellos, entrar en su casa y bautizarlos sin haber sido previamente circuncidados) para afirmar, en el colmo de su total asombro y estupor, que verdaderamente recién allí entendía que Dios no hace acepción de personas:

³⁴ Pedro entonces comenzó a hablar, y dijo: —Ahora entiendo que de veras Dios no hace diferencia entre una persona y otra, ³⁵ sino que en cualquier nación acepta a los que lo reverencian y hacen el bien. (Hechos 10,34-35)

En Jesús mismo podemos rastrear su propia “conversión” del etnocentrismo, que humanamente compartió con nosotros, en su encuentro con la mujer cananea o siro-fenicia donde Jesús se deja desafiar e interpelar por ella hasta aceptar abandonar una primera posición claramente excluyente. En este relato vemos cómo Jesús se deja enseñar por ella que la Buena Nueva de Dios y del Reino que había venido a inaugurar no estaba circunscripto solamente al pueblo de Israel (cfr. Mt. 15,21-28; Mc. 7,24-30).

La buena nueva del Espíritu es que la coyuntura histórica en la que hoy nos encontramos nos invita a asumir la multiculturalidad de nuestras comunidades, sociedades y servicios pastorales como una posibilidad de conversión y transformación en vez de verla como un problema a resolver. No es ni será fácil, no nos dará la seguridad y estabilidad que hemos perdido y añoramos. No tiene recetas que nos aseguren el éxito. Pero si la interculturalidad como Proyecto radicalmente inclusivo del Reino que inauguró Jesús captura nuestra imaginación, tendrá la fuerza extraordinaria de convertir a nuestras comunidades en el signo que el mundo dividido, fragmentado y enfrentado de hoy está necesitando y reclamando.

Imaginemos nuestros carismas refundados desde el encuentro con los valores de otras culturas. Vislumbremos la riqueza polifacética que adquirirían. Sin embargo, esta Pascua no vendrá sin cruz. Dar verdadero lugar a lo intercultural, implica el “dejar ir” de aquello por lo que quizás dimos, como institución, nuestra vida y nuestra pasión por muchos años, a fin de dar lugar a lo nuevo que está emergiendo. La cultura “E” es fruto de un proceso de sinergia donde el resultado es mayor que la simple suma de las partes.

4. La urgencia de una opción intencional desde la profecía y para la esperanza

Como todo proceso vocacional de llamada y conversión, la interculturalidad, no está sólo destinada a nuestro crecimiento personal y/o comunitario que nos lleve únicamente a buscar una vida más apacible, confortable y tolerante. La vida y misión intercultural hoy, se convertirá en un signo de esperanza profética, si se construye a sí misma como un nuevo estilo de vida alternativa. La refundación de la vida religiosa hoy no puede hacerse al margen de la interculturalidad como signo de los tiempos del mundo de hoy.

“Debido a que la humanidad se ha vuelto tan escandalosamente separada y opuesta, nosotros (individualmente y corporativamente) debemos hacer una elección. O preferimos seguir pecando -por exclusión, separación y mantenimiento de límites- y cada día comer y beber juicios a nosotros mismos... O resolvemos aceptar hoy la opción radical de Dios para la humanidad y, con la ayuda de Dios y nuestra firmeza, cambiar nuestras vidas. No hay tercer camino. Ambos, el futuro de la humanidad y de la Iglesia pueden depender de esto”.
(Anthony Gittins)

La vida intercultural como opción intencional para las comunidades religiosas que cruzan fronteras y se abren al “diferente” deconstruyendo la “pretendida” y anti-evangélica superioridad de unos/as sobre otros/as, se convierte en un “laboratorio” donde ensayar -con la propia vida- relaciones diferentes entre las culturas: relaciones de servicio en igualdad y no de dominio, de empoderamiento mutuo y no de jerarquías que aníñan o ahogan la vida, de diálogo y no de asimilación, de encuentro y no de colonización, de inculturación y de inter-culturación.

Pero asumir la interculturalidad desde el Proyecto del Reino, no es sólo un ejercicio intra-comunitario. La verdadera riqueza de esta praxis, que se juega en lo cotidiano de la vida ad-intra, es el potencial impacto profético que la convertirá en esperanza para el mundo de hoy. La interculturalidad, será signo de esperanza profética para la humanidad, si nuestra propia experiencia de convivir valorando y dando lugar mutuamente transformador a la “diferencia” puertas hacia adentro, nos pone en camino para salir al encuentro del diferente marginado, invisibilizado y explotado de hoy.

Sólo quien pasó por la conversión personal del etnocentrismo hacia la sensibilidad intercultural, tendrá ojos para ver y atender el sufrimiento de los invisibles y excluidos del mundo actual. Como en la parábola del “Buen Samaritano”, solo el “extranjero”, aquel del que nada se esperaba, pudo primero ver y luego asistir al que yacía al borde del camino renovando su esperanza y denunciando, implícita y proféticamente, la ceguera del levita y el sacerdote que pasaron de largo... (cfr. Lc. 10,25-37)

También nosotras, si nos dejamos desafiar y enriquecer por la mirada del “extranjero” y del culturalmente “diferente” permitiremos la refundación de nuestros carismas ampliando la visión de nuestros fundadores de manera que quizás hoy ni llegamos todavía a vislumbrar. No es un camino fácil ni estará exento de desafíos, pero si respondemos a los signos de los tiempos desde la confianza en la obra del Espíritu, podremos anunciar la buena nueva de la interculturalidad, y denunciar todo aquello que la niega, desde la fuerza y la riqueza del Proyecto radicalmente inclusivo del Reino que inauguró Jesús.